

Enrique Santos Molano*

Durante mucho tiempo el Presidente Caro le insistió a José Asunción Silva para que le aceptara un cargo diplomático. Caro deseaba tener en el exterior una representación de jóvenes intelectuales que le dieran brillo al país y que sustituyeran poco a poco la mohosa maquinaria del Ministerio de Relaciones Exteriores. Varios de estos jóvenes, como Antonio Gómez Restrepo en España, ocupaban ya un puesto en el servicio diplomático y lo hacían a satisfacción del exigente mandatario.

Silva tenía algunos impedimentos que le obligaban a rehuir, una y otra vez, el ofrecimiento que el señor Caro le hacía con inusual insistencia. El primero, y sin duda el mayor de tales obstáculos, era el de que el presidente no le hablaba a Silva el lenguaje que los oídos del poeta deseaban escuchar, es decir, no le mencionaba ofertas para un consulado o la secretaría de una Legación en Europa. Todas las propuestas del señor Caro para Silva señalaban un país de Sur o Centro América, cuando los ojos y los sentidos de Silva estaban fijados en Europa; el segundo obstáculo residía en que Silva, como liberal, había causa común con los radicales en la oposición al gobierno regenerador y no podía aceptar un destino en ese gobierno; el tercer escollo lo levantaban la mamá y la hermana del poeta, a quienes este no quería dejar solas; y el cuarto lo tenemos en la situación económica que por esos días traía maltrechas las finanzas del poeta.

*Escritor y periodista bogotano. Autor de: Memorias Fantásticas, Antonio Nariño, El corazón del Poeta, Crónica de la Luz, Las Grandes Noticias Colombianas, Los grandes periódicos y los grandes periodistas colombianos del siglo XIX.

SILVA DIPLOMÁTICO



Al fin la mamá de José Asunción Silva, doña Vicenta Gómez de Silva, pudo convencer a su hijo de que un puesto en el exterior, aunque no fuera a Europa, era lo más conveniente para los intereses de Silva y de su familia, aparte de que pocos como él estaban capacitados para representar a Colombia con decoro y eficiencia, donde quiera que se le nombrara. Doña Vicenta que cultivaba con el Presidente una amistad de más de treinta años, hizo el puente entre el señor Caro y José Asunción. Caro le ofreció la secretaria de la legación en Caracas, Silva aceptó, y por el decreto 464 de 5 de mayo de 1824 el Presidente Miguel Antonio Caro y su Ministro de Relaciones, Marco Fidel Suárez, le extendieron al poeta José Asunción Silva el nombramiento del caso.

José Asunción emprendió el viaje a Caracas el 12 de agosto. De paso por Cartagena publicó en *Lectura Para Todos el Nocturno*, una de las piezas mayores de la poesía universal. En la ciudad heroica se entrevistó con el Presidente titular, Rafael Núñez, que seducido por el encanto personal del joven bogotano, dejó entrever la posibilidad de nombrarlo Ministro Plenipotenciario en un futuro no lejano. El fallecimiento del doctor Núñez, ocurrido al mes de la entrevista, malogró para Silva esta perspectiva.

Silva llegó a Caracas el 11 de septiembre de 1894. En la capital venezolana lo recibió su amigo de infancia en Bogotá, Alirio Díaz Guerra, quien recuerda: "Caracas, la ciudad en donde hallan cariñosa acogida los que a sus puertas llaman, desde el primer momento dispensó al nuevo huésped todo género de atenciones; se le mimó y se le quiso con fraternal solicitud y él, allí, con su carácter caballeroso, su exquisita manera de ser y las luces de su inteligencia, supo mantener en alto el buen nombre de su patria".

Por su parte José Asunción se sintió a gusto en Caracas, como lo reconoce en cartas que escribe a Luis Durán Umaña y a Emilio Cuervo Márquez. Al primero le dice: "Cuatro palabras para complacerte sobre mi acogida aquí. Tuve la fortuna de que al llegar me visitaran todos los exigentes, más exigentes, los que dan la nota aquí en la vida social. Sin duda les caí en gracia. Lo cierto es que no ha llegado la primera noche en que no tenga alguna invitación y que no se ha pasado un día sin recibir atenciones. Esta es gente excelente, sencilla, cordial; hay un grupo de familias de gustos, vida y FORTUNA enteramente europeas y yo no se cómo agradecerles el modo como me trataron. Entre la gente del gobierno tengo buenos, muy buenos amigos. El cuerpo diplomático es para mí como gente de la casa, el Ministro de Alemania y el de Estados Unidos me colman de atenciones". Y a Cuervo Márquez: "Aquí me han recibido como no merezco; no se cómo hacer para devolver atenciones y bondades y fiestas. El país va bien, rebosa oro, tiene el sentimiento del arte y adora la buena literatura. En Bogotá hay muchos que creen lo contrario en lo referente a los dos últimos párrafos; pues bien, están equivocados de medio a medio".

La tarea diplomática de Silva era abrumadora. Sobre sus hombros caía el peso de la Legación. Su patrón, el Ministro Plenipotenciario de Colombia, general José del Carmen Villa, nulidad de tiempo completo, que gozaba de la gracia del doctor Núñez, no hacía sino dormir la siesta y sacar solitarios, mientras que el Secretario despachaba los asuntos de la legación de 8 A.M. a 5 P.M. Una de las gestiones importantes realizadas por Silva fue la de escribir al gobernador del Departamento de Santander para pedirle que prolongara la línea telegráfica del lado de Colombia hasta encontrarse con la de San Antonio en Venezuela. Merced a esta diligencia la comunicación tele-



gráfica Bogotá-Caracas se restableció a partir de abril de 1895. El general Villa llevaba dos años de Ministro Plenipotenciario en Caracas, sin que esta idea le hubiera provocado ni un dolor de cabeza. No hay que asombrarse. Por las cabezas de personas como el general Villa las ideas no pasan. Las relaciones de Silva con su jefe lindaron con lo desagradable. El punto máximo de aspereza entre el Secretario y el Ministro consistía en que el Ministro le prohibió al Secretario mantener relaciones con los liberales colombianos residentes en Caracas, prohibición recogida por Silva en sentido opuesto; parece que el general Villa envió comunicaciones a Bogotá, que insinuaban la posibilidad de que su Secretario anduviera en convivencia con los conspiradores liberales empeñados en derrocar desde Caracas al gobierno colombiano. José Asunción Silva, tras su filiación pasajera en el radicalismo, y después de aceptarle al señor Caro el puesto diplomático, recayó en su escepticismo antiguo acerca de los partidos políticos colombianos (Liberal Radical, Liberal Independiente, Conservador Nacionalista, Conservador Histórico y Partido Nacional) y no creía que pudieran servir para nada decente entretanto estuvieran dirigidos por ambiciosos, por oportunistas y por logreros. La amistad de José Asunción con

Alirio Díaz Guerra, cabeza indiscutible de los conspiradores liberales colombianos, se contuvo dentro de las fronteras amistosas. Silva no se mezcló en las actividades que los radicales realizaron en Caracas para apoyar una rebelión armada inminente contra el gobierno de Miguel Antonio Caro, al que, como su funcionario, le debía lealtad. Y Silva jamás hubiera incurrido en un acto de deslealtad para con nadie.

Pocos días después de observar una feria del libro en Caracas, y de escribirle a su amigo Jorge Roa en Bogotá, para sugerirle la realización de una igual en la capital de Colombia, José Asunción Silva, de manera sorprendente, solicitó licencia para regresar a Bogotá. Se embarcó en la Guaira en el vapor *Amérique*, que naufragó el 28 de enero frente a Barranquilla. El poeta salvó su vida de milagro.

A finales de 1895 el Presidente Caro nombró de nuevo a Silva en el servicio al exterior, esta vez como Cónsul en Guatemala; pero el poeta no pudo continuar su vida diplomática. Murió en Bogotá el 24 de mayo de 1896, en condiciones que, cien años después, siguen siendo un misterio impenetrable.

